

biles y osecurecidas del propio dictámen, ni se hace juicio de las cosas sino por las desacertadas máximas de la prudencia humana. Y como á las de Jesucristo, á las del Evangelio y á las de la fe, ni se las consulta, ni aun se las oye en su tribunal, siempre pierde el pleito en él la religion. Todo se mide, todo se arregla, todo se ajusta á la perniciosa prudencia de la carne, la cual hace filósofos, pero no cristianos. Guárdate bien de seguir semejante guía, que siempre te descaminará; discurre en buen hora en todos los asuntos segun las luces de un entendimiento derecho y de un juicio sano; pero jamás pierdas de vista en tu modo de discurrir los principios de la fe y las luces del Evangelio; éstas han de purificar aquellas; sin las primeras todo lo que se llama *buen juicio* es mera ilusion, es estravagancia. En tanto seremos hombres de buen juicio, en cuanto nuestro espíritu se conformare con el de Jesucristo. Has de tener siempre esta verdad por un primer principio.

2 Desconfia siempre mucho de tu propio parecer, de tu imaginario buen juicio, y de todos tus alcances; la pasion, el amor propio y el interés todo lo ciegan; por eso es tantas veces el entendimiento juguete y burla del corazon. Nunca te fies de aquella prudencia mundana, que con los especiosos pretextos de gratitud, de urbanidad, de atencion y de necesidad, favorece siempre á la pasion y al amor propio, pero á costa de la virtud y de la salvacion. ¿Tratas de resolverte á algun negocio de consecuencia y de importancia? Da principio consultándolo con Dios, y pidiéndole que te alumbré; despues examina con madurez todas las circunstancias y todas las razones; pero discurrendo siempre con respeto á tu último fin, que en todas las cosas ha de ser tu primer principio. Considerate en la hora de la muerte cercano ya á dar cuenta de aquel negocio que quieres emprender; mírale ahora como le mirarias entonces; y en fin, no emprendas cosa alguna considerable sin haberla consultado primero con un sabio y santo director.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN DE SAHAGUN, confesor, del orden de los Ermitaños de san Agustin, en Salamanca en España; fué esclarecido por su zelo por la fe católica, y por su santa vida y milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES BASÍLIDES, CIRINO, NABOR Y

NAZARIO, soldados, en Roma en la via Aurelia; á los cuales en la persecucion de Diocleciano y de Maximiano fueron encarcelados por el prefecto Aurelio, porque confesaban el nombre de Jesucristo; despues fueron despedazados con escorpiones, y por último degollados. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SANTA ANTONINA, mártir de la misma persecucion, en Nicea de Bitinia; la cual por orden del prefecto Prisciliano fué azotada con manos de varas, puesta en el potro, descarnada por los costados, abrazada en las llamas, y por último degollada.

SAN OLIMPIO, obispo, en Tracia; el cual fué depuesto de su silla por los arrianos, y murió confesor de la fe.

SAN LEON III, papa, en Roma, en la basilica de S. Pedro, á quien le sacaron los ojos, y le cortaron la lengua unos facinerosos, y Dios se lo restituyó todo milagrosamente. (Subió á la silla de S. Pedro despues de Adriano I en el año 793. Habiendo estallado en 799 una conjuracion contra su persona, se apoderaron de él, lo llevaron prisionero al monasterio de S. Silvestre, y le maltrataron hasta el punto de cortarle la lengua y sacarle los ojos. El Señor, sin embargo, por un prodigio conservó á Leon los ojos y la lengua, de suerte que cuando llegaron los fieles que habian acudido á su defensa, lo hallaron cantando himnos. Sus amigos lo acompañaron á Francia, y con los socorros que Carlomagno le dió pudo volver á Roma, donde vivió despues tranquilamente hasta su muerte, que acaeció el año 816. El pontificado de S. Leon es de los mas gloriosos en la historia de la Iglesia.)

SAN AMFION, obispo, en Cilicia; el cual fué un ilustre confesor en tiempo de Galerio Maximiano.

SAN ONOFRE, anacoreta, en Egipto; el cual vivió santamente por espacio de sesenta años en un áspero desierto ejercitándose en obras piadosas, y esclarecido en virtudes y méritos voló al cielo: el abad Pafnucio escribió su admirable vida. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN BASÍLIDES, CIRINO, NABOR Y NAZARIO, MÁRTIRES.

ENTRE aquella portentosa innumerable multitud de invictos mártires con que ilustró á la santa Iglesia la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano, no ocupan el inferior ni el menos glorioso lugar los santos Basíldes, Ciriano, Nabor y Nazario, cuatro bizarros jóvenes, todos caballeros romanos, tan señalados por sus prendas personales como por su ilustre nacimiento, pero mucho mas por la incomparable dicha de haber profesado la fe de Jesucristo. Siendo la carrera de las armas la única que correspondia á hombres de su distincion, y estando obligados á servir todos los caballeros romanos, los cuatro tomaron partido en los ejércitos de los emperadores, y todos eran oficiales en el que mandaba en Italia Majencio, en quien su padre Maximiano habia renunciado el imperio, aun viviendo todavía Diocleciano.

Informado Majencio de que los cristianos favorecian el partido de Constantino, proclamado emperador por el ejército de Inglaterra, él mismo fingió serlo para atraerlos á su servicio, y mandó cesar las pesquisas que en todas partes se hacian contra ellos; breve intervalo en que respiraron los fieles algún tanto de tan dilatada persecucion, que tenia inundado al mundo en sangre y en carnicería; pero duró poco la calma. Sufocó el tirano Majencio la rebelion de Alejandro, que se habia hecho proclamar emperador por las legiones de Africa, y pareciéndole á su orgullo que ya no tenia que temer á los cristianos, se quitó la máscara, se declaró su enemigo, y los persiguió con extraordinario furor. En la persecucion de este implacable enemigo del cristianismo señalaron su fe nuestros cuatro campeones, acreditando la religion con aquella heroica constancia con que se burlaron de los mas crueles tormentos, y premiándosela el cielo con la triunfante corona del martirio.

Por los años de 309 renovó el tirano los sangrientos edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra la religion, mandando se hiciesen las mas exactas pesquisas de todos los que la profesaban. Ni Basilides y sus tres animosos compañeros eran tan cobardes ó tan tímidos que la quisiesen disimular, ni la pública y abierta profesion que hacian de ella podia nunca encubrirse; por lo que viendo que la tempestad iba á descargar sobre su cabeza, se previnieron al combate, y desprendiéndose de sus opulentos bienes, los distribuyeron todos entre los pobres.

Comenzaron por héroes de la caridad, para pasar luego á ser mártires de la fe. Dieron noticia á Aurelio, prefecto de la ciudad de Roma, de que habia en el ejército cuatro oficiales, tan léjos de avergonzarse de ser cristianos, que hacian ostentacion de serlo, despreciando con insolencia los edictos imperiales en punto de religion, y haciendo solemne burla de los dioses del imperio.

Quiso verlos el prefecto; recibiólos con estimacion y con agrado, diciéndoles los habia llamado para informarse de su misma boca de un hecho que los interesaba, y que él no podia creer: *Dicese por ahí*, continuó Aurelio, *que todos cuatro sois cristianos; tengolo por impostura, pues no me puedo persuadir que unos caballeros de vuestra edad, de vuestras obligaciones y de vuestros grandes talentos; unos oficiales de los primeros que cuenta y que respeta el ejército de los emperadores, tan acreedores á esperar todo cuanto se puede esperar de su favor, como espuestos á temer todo cuanto se puede temer de su desgracia, sean capaces de caer en las ridiculas extravagancias de los cristianos,*

tantas veces proscriptos por los emperadores, y cuyo solo nombre se oye con horror, y suena como infamia en todo el romano imperio. El hecho es tal, que para justificaros conmigo no necesitais de mucha apologia; sobraos honor y entendimiento para no incurrir jamás en la vileza y en la locura de ser cristianos. En medio de eso, como esta maliciosa voz se ha extendido demasiado, tengo por preciso que vengais conmigo al templo; diligencia que solo ella bastará para disipar una calumnia en que anda la groseria mezclada con la malignidad.

Habló Aurelio con tanta satisfaccion, y al mismo tiempo con tanta rapidez, que no dió lugar ni aun con una breve pausa á que nuestros Santos le pudiesen responder; mas luego que cesó de hablar, tomó la voz S. Basilides, como el menos mozo de los cuatro, y le dijo: *Nunca se debe tratar de calumnia una verdad que hace honor; dijéronte que éramos cristianos, y te dijeron la verdad. Ni podemos negar, ni debemos avergonzarnos de profesar una religion que es únicamente la verdadera. Si, Aurelio, publicamos y publicaremos á gritos que no hay otro Dios que el que adoramos los cristianos. Solo perdiendo el juicio, y trastornándose totalmente la razon, se pueden tener por Dios á los que fueron afrenta de la humanidad, y no merecieron vivir entre los hombres.*

Calla, impio, esclamó el prefecto, encendido ya en furor, al oir una respuesta que verdaderamente no esperaba; *calla, cose esa boca sacrilega, y cesa ya de blasfemar de nuestros dioses inmortales: deja, que yo sabré vengar su honor y castigar vuestra insolencia. Lleven á esos locos á la cárcel, y enciérrenlos en un lóbrego hediondo calabozo, hasta que informe al emperador de su impiedad y de su desobediencia.*

Ejecutóse la orden al momento; despojados de todos los honores y de todas las insignias militares, fueron encerrados en el mas tenebroso y mas inundo calabozo de las prisiones de Roma. Pero tardó poco el Señor en hacerlos experimentar los visibles efectos de su singular proteccion y de su divino poder; desprendióse del cielo una milagrosa luz que en un instante disipó las tinieblas del oscuro calabozo; iluminóle todo con mayor claridad que la del mas sereno y mas despejado mediodia; convirtióse la hediondez en una suavísima fragancia; y como el resplandor se propagó tanto, que aun á larga distancia se dejaba percibir, acudió el alcaide de la cárcel, por nombre Marcelo, á ser testigo ocular de esta maravilla; abre de repente el calabozo, encuentra á los santos prisioneros bañados de una celestial alegría; registra, examina, mira á todas partes por si

descubre el origen de aquella asombrosa luz, y convencido de que era verdaderamente milagrosa, confiesa no haber otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y arrojándose á los pies de los santos mártires, los pidió el bautismo con toda su familia. Hizo en Roma mucho ruido esta conversion; llegó á los oídos de Aurelio, y mandó que los prisioneros fuesen traídos á su presencia cargados de cadenas.

No vió Roma espectáculo, por una parte mas tierno, y por otra mas glorioso á Jesucristo, que cuando vió atravesar por sus calles cuatro caballeros romanos en la flor de su edad, de bizarría disposición, de un aire tan noble como garboso, el semblante risueño y despejado, las manos atadas á las espaldas, cargados de hierro, y seguidos de la villana gritería del populacho. Llegados á palacio, los preguntó Aurelio si el calabozo y las prisiones los había hecho cuerdos. *Dejariamos de serlo*, respondió Basilides, *si dejásemos de ser cristianos. Prefecto, ten entendido que las prisiones no alteran la fe ni la constancia de los que solo suspiran por el martirio; la mayor dicha del hombre es dar la vida por el único que puede hacerle dichoso despues de la muerte.*

Bien está, replicó Aurelio, *si las prisiones no os hicieron mas juiciosos, los tormentos os harán menos insolentes. O resolvéis á sacrificar á los dioses, deshaciendo los hechizos con que trastornasteis la cabeza del infeliz alcaide; ó prevenios á sufrir mas espantosos suplicios. Para dar á conocer al verdadero Dios*, respondieron los Santos, *no nos valemos de hechizos ni de encantamientos: lo que el mismo puede y sabe hacer para darse á conocer, preguntaselo tú al mismo alcaide, á su mujer y á sus hijos. Por lo que toca á nosotros, ¿te parece que somos capaces de ofrecer sacrificio á los demonios? No adoramos, ni ofrecemos sacrificio á otro que al verdadero Dios; y tú mismo deberas avergonzarte de tener por dioses á las piedras y á los troncos.*

No como quiera se irritó; salió el prefecto fuera de sí con la saña al oír una respuesta tan cristiana como generosa; y sin detenerse en mas razones dió sus órdenes para que se ejecutasen con los Santos inauditas crueldades. Mandólos azotar con los que llamaban *escorpiones*: eran unos ramales de hierro, ó sembrados de puntas aceradas, ó compuestos de mallas espinosas, con unas bolillas de plomo en los extremos, á cuyo golpe se caía la carne á pedazos, quedando despedazado el cuerpo con horribles surcos.

Teníase por tormento ignominioso, y al mismo tiempo era su dolor incomprendible. A poco tiempo quedaron descarnados á trozos los cuerpos de los santos mártires, descubriéndoseles hasta

los huesos, con horror de los mismos gentiles, que confesaban atónitos no era posible sobrevivir sin milagro á tan horroroso tormento. Hasta el tirano mismo quedó asombrado, y mas cuando le informaron que despues de aquel granizo de azotes, á cual mas cruel y doloroso, lejos de blandear los Santos, ó á lo menos de mostrar algun abatimiento, cada instante confesaban á Cristo con mayor intrepidez. Mandó, pues, que los volbiesen á la cárcel, no desconfiando de cansar su paciencia con la lentitud y dilatacion de los tormentos; persuadido tambien á que el mas cruel de todos ellos seria dejarlos en tan lastimoso estado, sin permitirles el menor alivio, para que cada dia se fuesen rasgando mas las heridas, y se exacerbase el dolor con la destemplanza del frio.

Siete dias estuvieron de esta manera en el calabozo, no solo sin algun lenitivo humano, pero casi sin sustento; mas el cielo tomó de su cuenta el confortar aquellas generosas almas. Nunca fueron mayores ni mas abundantes los consuelos; y parecia que solo se multiplicaban las heridas para que se multiplicasen las bocas que aplaudiesen el triunfo de los mártires, y engrandeciesen el poder del que sabe preparar los mayores gustos en medio de los mayores suplicios. En fin, llegó el suceso á noticia del emperador, y queriendo informarse de la verdad por sí mismo, mandó que los trajesen á su presencia. Quedó atónito y horrorizado cuando vió aquellos destrozados cuerpos, cuyo primer aspecto representaba una sola, pero general y lastimosa llaga; preguntólos simple y sencillamente si persistian en la resolucion de no sacrificar á los dioses; aturdióle mucho mas la generosa, firme y determinada respuesta que le dieron: por algun tiempo se quedó como embargado y suspenso; y no pudiendo sufrir ya delante de sus mismos ojos una prueba tan ilustre como concluyente de la falsedad de sus quiméricas fabulosas divinidades, ni un testimonio tan ilustre de la divinidad de Jesucristo, y de la escelencia de la religion cristiana, pronunció sentencia de que los cortasen la cabeza, y sus cuerpos fuesen arrojados en un camino público; lo que se ejecutó inmediatamente, recibiendo la corona del martirio los cuatro nobles campeones el dia 11 de junio hácia el año de 309.

Cuidaron los cristianos de la ciudad de recoger los santos cuerpos, á quienes habian respetado las aves y las fieras, y los enteraron en la Via Aureliana, erigiéndose despues una capilla en el lugar de su sepultura.

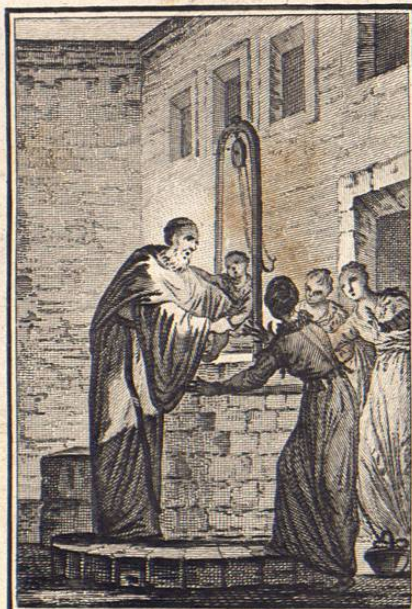
Con el tiempo S. Crodegang, obispo de Metz, pidió y obtuvo del papa Paulo I las reliquias de los santos Nabor y Nazario,

junto con las de S. Gorgonio tambien mártir, las cuales hizo traer á Francia el año de 766; y saliéndolas á recibir con religiosa pompa y devota magnificencia, colocó las de S. Gorgonio en la célebre abadía de Gorza, las de S. Nabor en la iglesia del monasterio de S. Hilario, y las de S. Nazario en la del de Lauresham, ó de Lorch.

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR.

SAN Juan de Sahagun, uno de los mas brillantes ornamentos del sagrado orden de los ermitaños de S. Agustin, nació por los años de 1419 en la villa de Sahagun, pueblo considerable por aquellos tiempos, perteneciente al reino de Leon, de donde tomó el sobrenombre, dejando el propio apellido de su familia; al modo que la misma villa hubo de S. Facundo esta denominacion. Sus padres Juan Gonzalez de Castrillo, y Sancha Martinez, muy distinguidos por su nobleza, pero mucho mas por su piedad, vivian con el desconsuelo de no tener sucesion; y deseosos de obtenerla, recurrieron por medio de reverentes súplicas y fervorosas oraciones al cielo, solicitando su bendicion, é interesando para conseguirla á la Santísima Virgen; invocaban su proteccion con reverentes instancias ante una prodigiosa imágen venerada con mucha devocion en una ermita contigua al pueblo. Oyó el Señor con agrado sus peticiones, concibió Sancha, y dió á luz un modelo de perfeccion; al que se siguieron otros muchos hijos que se dignó concederle la divina piedad.

La docilidad con que Juan desde niño atendia á los laudables consejos de sus padres, la natural propension á la virtud, sus activas inclinaciones á todo género de obra buena, con especialidad á las humillaciones y mortificaciones, y en fin, la madurez de juicio que mostró en sus tiernos años, hicieron conocer desde luego como Dios le habia elegido para siervo suyo; y así solia decir el padre, que el que viviera, veria á su hijo santo. Todo el pueblo estaba poseido de una extrema admiracion, observándole distraído enteramente aun de los inocentes entretenimientos propios de la primera edad, siempre ocupado en los ejercicios de devocion. Tenia la sencilla costumbre de reprender á los niños aquellas vivezas y travesuras que pasan por naturales en la puerilidad; pero con un modo tan gracioso, tan lleno de decoro y gravedad, que les infundia respeto y veneracion; y valiéndose Juan de esta puntual deferencia á sus voces, los juntaba á todos, y así congregados, desde una piedra ó sitio elevado, con-



S. JUAN DE SAHAGUN C.